

FEDERACIÓN ASPERGER ESPAÑA (FAE)



El Asperger no es un cuento, pero te lo contamos

18 DE FEBRERO DE 2016: DEL RECONOCIMIENTO SOCIAL AL EJERCICIO PLENO DE NUESTROS DERECHOS

El 18 de febrero de 1906, nacía en Viena (Austria) el neurólogo Hans Asperger conocido por sus estudios sobre distintas alteraciones psíquicas y comportamentales, particularmente las que sufrían los niños. Gracias a la atención que suscitaron sus investigaciones posteriormente, durante los años 1980, el síndrome de Asperger fue denominado de tal manera en su honor y desde el 2007, se celebra el 18 de febrero como Día Internacional del Síndrome de Asperger.

Este síndrome afecta con diferente intensidad a cada una de las personas. Procesan de forma atípica estímulos de carácter social como la mirada, la inflexión de voz, etc., y les cuesta mucho entender los convencionalismos y la intencionalidad de la conducta de las demás personas. Nuestros hijos e hijas se aferran a la verdad comprobable y huyen de abstracciones, dado que tienen dificultades importantes en manejar conceptos simbólicos complejos. El control de los tiempos y del orden en que se presentan las cosas es fundamental para ellos. Aunque su mayor dificultad será siempre la comunicación y las relaciones con otras personas que, muchas veces, no toleran sus repetitivos intereses restringidos y su marcada obsesividad. Aunque no hay deficiencia intelectual ni un retraso significativo en la adquisición del lenguaje, son frecuentes las alteraciones cognitivas, perceptivas, sensoriales y dificultades en la organización y planificación de las conductas.

Estas características y funcionamiento del síndrome, nos obligan a las familias a desplegar habilidades especiales para ayudarlos a vivir en sociedad, intentando que sean lo más independientes posible. FAE ha procurado, desde su nacimiento, dar respuesta a tantas y tantas familias que vivimos esta situación, muchas veces ante la escasa comprensión de otros sectores sociales. La adaptación a su ambiente más cercano es muy difícil y la supervisión que como padres y madres debemos hacer durará toda la vida, en la inmensa mayoría de los casos, ya que solamente una de cada diez personas afectadas es capaz de alcanzar una autonomía efectiva en el terreno laboral y social.

Haciendo algo de memoria desde al anterior aniversario, se han producido algunos hitos importantes en relación al colectivo que la Federación Asperger España (FAE) representa desde el año 2005. Hemos visto, al fin, el nacimiento de la Estrategia Española de los Trastornos del Espectro Autista, reclamada por nosotros y el resto de entidades dedicadas a los TEA desde hace muchos años y que pretende servir de marco de referencia para un abordaje científico, humano y cabal de los distintos ámbitos vitales en cada una de las etapas de desarrollo personal de las personas con TEA. El compromiso de la administración incluye la puesta en marcha de un Plan de Acción, dotado de memoria económica, para este año 2016.

Otros aspectos no resultan tan positivos en este ejercicio de memoria. La reducción o derivación de recursos económicos durante los últimos años para atender a nuestros hijos e hijas, muchos ya en la edad adulta, es innegable. La atención a la diversidad, en general, se ha visto castigada duramente por los recortes. En lo referente a la escuela, la LOMCE, cuya derogación deseamos sea rápida, perjudica gravemente a nuestros chicos/as -que tienen un menor grado de afectación respecto a otros TEA- lo que determina que no sean lo suficientemente atendidos en las aulas o se les niega los apoyos educativos necesarios. Las familias, en consecuencia, tenemos que soportar una carga mayor en nuestro día a día para que estén en igualdad de condiciones y se les reconozcan sus derechos como al resto del alumnado.

Por otro lado, vemos a diario y con preocupación enormes diferencias en las prestaciones y servicios de las distintas comunidades autónomas. Así se quiebra la igualdad de derechos que la Constitución otorga a cada ciudadano independientemente del lugar de nacimiento. Entendemos que ésta es una situación que no debemos dejar de denunciar y solicitamos una carta de servicios coherente y verosímil que compense y reconduzca tanta arbitrariedad.

De igual forma, denunciaremos los innumerables casos de acoso escolar que se producen en nuestros centros educativos y que tienen siempre al *diferente* como diana. Sin una adecuada supervisión por parte de los responsables de los centros educativos, una detección precoz y sistematizada y la aplicación de los protocolos existentes estas “cosas de chicos” seguirán produciéndose llegando, en ocasiones, a gravísimas consecuencias conocidas por todos y que periódicamente aparecen en los medios de comunicación. No podemos tolerar que se sigan produciendo más casos y seguiremos trabajando duramente para alcanzar su total erradicación.

Tampoco son menos importantes las circunstancias y dificultades en las que muchos Asperger Adultos tienen que desarrollar su vida. Es urgente que se aborden las cuestiones relacionadas con el empleo y su representación legal en las facetas cotidianas de la vida como cualquier otro ciudadano, por citar sólo dos ejemplos.

Otro aspecto que está cobrando cada vez más relevancia es todo lo que tiene que ver con el Asperger en las mujeres. Muchos estudios indican que existe una manifestación clínica distinta en sus síntomas y capacidad de adaptación, en los factores implicados en la detección e, incluso, en la respuesta a la terapia. Resulta imprescindible ahondar en esta realidad y seguir investigando con rigor para avanzar en el conocimiento de esta parte fundamental de nuestro colectivo.

Por último, deseamos felicitar y agradecer a todas las personas, entidades e instituciones que, haciéndose eco de nuestras necesidades y particulares circunstancias, trabajan sin descanso para mejorar la calidad de vida de las personas con Asperger y otros TEA y velan por el ejercicio pleno de sus derechos.

Feliz 18 de febrero de 2016.

Paloma Martínez Ruiz
Presidenta de la Federación Asperger España (FAE).

AGRADECIMIENTOS

Este año celebramos el Día Internacional del Síndrome de Asperger, entre otras cosas, con una novedad muy especial para nosotros/as: la edición de esta obra a la que hemos querido llamar **“El Asperger no es un cuento, pero te lo contamos”** y cuya elaboración nos ha brindado una buena colección de buenos momentos y emociones compartidas.

Este humilde material está repleto de historias maravillosas que cuentan el síndrome de Asperger desde dentro. Sus generosos autores, a los que queremos transmitir nuestro más sincero reconocimiento, viven su día a día desde la óptica Asperger. Son padres y madres, hermanos y hermanas, y chicos y chicas a los que un día se les diagnosticó este sorprendente y, en ocasiones, contradictorio trastorno que ya empieza a ser más conocido por nuestra sociedad.

El editor ha procurado que su labor apenas pueda apreciarse en los textos. Se ha respetado incluso los elementos de forma de tal manera que no se alterara lo esencial de la propuesta que nos regalan los autores, trabajando exclusivamente la necesaria coherencia estructural del producto final.

Estamos convencidos que, tanto para el lector lego como para el versado en este tema, los relatos que tiene a su disposición le impactarán. Nuestras historias hablan de sueños, de alegrías e incomprensiones, de soledades impuestas y encuentros sinceros, de pasados difíciles y de futuros llenos de color. Nuestras historias hablan de la diversidad intrínseca y esencial del ser humano.

Esperamos que os guste.

¡Feliz 18 de febrero de 2016!

Madrid, 15 de enero de 2016

Federación Asperger España (FAE)

El Cazador de Sonidos

Por Carmen García Comendador

Con apenas diez años, Nicolás era el bufón de la clase. Los otros niños se reían de él, le acosaban y le llamaban gafotas, enano o su preferido: “marciano”. Nicolás era un chico de Marte o eso decían todos y él se enfadaba mucho cuando eso pasaba. Su terapeuta había intentado de una y mil maneras convencerle de que aquello sólo eran tonterías pero no hubo manera. *“Las palabras son más poderosas que las bofetadas”* le había enseñado su abuelo y si le decían eso entonces debía de ser cierto.

Sus esfuerzos por encajar eran inútiles y optó por crear su propio universo, un lugar donde sólo pudieran entrar aquellos que él eligiera, como sus abuelos. Allí no habría abusones ni palabras feas y se enfrentaría a los más terribles peligros para salir siempre victorioso y alegre.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Sus padres se desesperaron, igual que los profesores y médicos. Cada vez que Nicolás quería desentenderse del mundo, huía a su mundo y cerraba la puerta con llave. El aislamiento era su única defensa contra una sociedad que no le entendía.

El método pareció funcionarle durante un tiempo hasta que se dio cuenta de que eso no le protegía de las burlas, mentiras, regañinas y desventuras del mundo real. Todo esto sólo consiguió frustrarle aún más porque ahora el caos llegaba hasta las puertas de su santuario. Cuando eso pasaba, Nicolás sólo podía llorar. Y lo hizo aún con más fuerza al ser diagnosticado de TEA. Ahora era de forma definitiva y oficial un chico de Marte, y nadie podría cambiar aquello.

Se sintió solo ante aquello, sin importar los esfuerzos de algunas personas por ayudarle. Los otros niños no entendían lo que le ocurría y poco a poco, Nicolás fue cerrándose hasta quedar totalmente aislado.

Sus padres ya no sabían qué hacer ni cómo apoyarle así que optaron por seguir con la terapia y esperar resultados. Llegó el verano en la casa de la playa. Toda la familia se reunía para las vacaciones y Nicolás pasaba el rato sobre todo con su abuelo Timoteo “Tito”. El hobby preferido del anciano era escribir y dibujar en el ático con Nicolás observándole de cerca e interviniendo de cuando en cuando para inspirar a su pariente. Timoteo conocía bien aquello del TEA y se mostró bastante escéptico ante las explicaciones de su hija. Estaba convencido hasta la medula de lo que su nieto necesitaba no eran sólo divanes y diagnósticos, sino redescubrirse a si mismo y al mundo en toda su belleza y horror. Era un hombre que defendía siempre que los derechos de las personas empiezan en ellas mismas y para conseguir la felicidad del niño, debían comenzar por entender lo que necesitaba y quería.

Sin tener que pensarlo mucho, el abuelo Tito se llevó a Nicolás al ático como siempre y le preguntó con gran interés por aquel pequeño universo que había construido. El niño no estaba seguro en un inicio pero poco a poco, fue dibujando para él hasta el último rincón de aquella galaxia. Cuando acabó, había una sonrisa en los labios del viejo.

Era increíble lo grande que lo había hecho y en tan poco tiempo, pero era una lástima que le sirviera todo el rato de caja fuerte. El detalle de que hubiera cosas del mundo real logrando entrar de mala manera era interesante. Una idea cruzó entonces la mente del anciano: Usando su viejo bastón y aprovechando que hacía tormenta, abrió ligeramente el ventanuco y colocó a Nico junto a él. El niño, que siempre había visionado a Timoteo como al pirata de sus cuentos, se mostró confuso ante semejante jugada pero aguardó tranquilo.

— ¿Recuerdas que una vez me preguntaste por qué los truenos siempre suenan después del rayo?

—Sí— asintió Nico. Recordaba muy bien la escena.

—Lo normal hubiera sido que yo hubiera abierto un libro, te lo leyera en alto y ya está, ¿verdad?

—Sí— es lo que hacían sus profesores y resto de adultos.

— ¿Y si te dijera que tengo algo mejor que todo eso? ¿Serías capaz de escucharlo?

—Claro— algo diferente, algo nuevo. El abuelo siempre tenía cosas inesperadas escondidas en la manga y eso le encantaba al chiquillo.

— ¿Qué me dirías si te contesto que los truenos caen después porque alguien guarda el sonido en una calabaza para dejarlo salir al poco?

— ¡Hala! ¿Y quién es ese alguien?— la cara de Nico se iluminó.

—El Cazador de Sonidos, claro. El hermano menor de los rayos. Hace eso para despistar a la gente. Así nadie puede seguir el rastro ni robar la luz de las tormentas.

— ¿Y por qué lo hace?

—Porque quiere mucho a su hermanos. El cazador lo hace por amor pero también porque es su tarea, el trabajo que debe hacer— Timoteo sonrió—. Todos tenemos un compromiso, un destino en esta vida.

—Yo no. Yo sólo soy un raro, no soy como los demás.

— ¿En serio? ¿Sabrías guardarle un secreto a tu abuelo?

—Claro. No se lo diré a nadie. Palabra de grumete.

—No esperaba menos. Tú no eres el único “raro” en esta familia, Nico. Yo también soy TEA— le susurró al oído y el niño se quedó sin habla—. Sé incluso mejor que tú lo que es que te rechacen, lo que es la soledad más absoluta, que te den con la puerta en las narices y nadie sepa cómo ayudarte. Nos dicen siempre que las personas somos distintas, diversas pero eso es discutible, polluelo, cuando la gente no tiene la diferencia tan a la vista. Sí, no somos como el resto, somos “hombres de Marte” pero eso no es algo malo, Nico.

— ¿Por qué?

—A mí, hijo, me lo diagnosticaron con sesenta años. A esa edad había pasado toda una vida por delante de mí y precisamente porque no sabía lo que me pasaba, me esforcé siempre para salir adelante. Mi objetivo siempre fue disfrutar de las cosas y de quienes más me querían, descubrir islas que nadie más había pisado y créeme, muchacho, aunque yo también sufrí con el diagnostico, me di cuenta de que yo no era como el resto.

— ¿Qué quieres decir?

—Tú y yo somos diferentes a nuestra manera del resto de “normales”, como se llaman a sí mismos. Pero aún más del resto de gente con TEA porque tenemos el don de ser cómo somos, de tener una existencia totalmente nuestra y entender este mundo mejor que muchos otros que han escrito libros y páginas web.

— ¿Cómo por ejemplo, con el Cazador de Sonidos?

—Eso es. No te conformes, Nico. Jamás. Tienes el don para comprender lo que a otros les cuesta o se niegan a ver. “*Lo importante es no dejar de hacerse preguntas*” como decía el Sr. Albert Einstein, que era un genio pero también era diferente al resto.

—¿Y si se ríen de mí?

—Te encontrarás malas personas a montones, te empujarán y pisotearán pero también hallarás amigos en este mundo cruel y los valorarás más que nadie.

— (Sonrisa) ¿Puedo contarte yo ahora un secreto, abuelo?

—Por supuesto.

—No se lo digas a papá y a mamá.

—Ni borracho. ¿De qué se trata?

—Pues, que desde siempre he sabido que eras capitán pirata, que no eras como el resto. Y ahora que sé que estamos en el mismo barco, me alegro mucho más.

—Y yo, grumete. Y yo— abrazó a Nico y lo apretó contra su pecho.

*“A veces pienso que no soy como tú,
yo no nací en esta tierra contigo.
Pero si yo no existiera,
¿quién olería las flores del alba?”*

Han pasado muchos años desde esa conversación, el camino de Nicolás no ha sido fácil pero no se avergüenza de nada. Tiene trabajo, amigos fieles, una familia y el firme deseo de explorar esas islas escondidas de las que hablaba su abuelo. Su hijo no siempre entiende algunas de las manías de su padre y su esposa hace una labor excepcional pero entre los tres han sabido llevar los problemas con gran maestría.

Hoy sopla tormenta y rugen los truenos. Nico se pone la corbata y va a asegurarse de que el niño está vestido para salir cuando nota que no le agradan en exceso los ruidos de afuera.

—Papá.

—¿Hmm?— se sentó en la cama junto a él.

—¿Por qué los truenos suenan así?

—¿De verdad quieres saberlo o prefieres abrir el ordenador y blablabla?

—Quiero que me lo digas tú— frunce el ceño muy enfadado.

—De acuerdo, de acuerdo. Pues para que lo sepas, rugen así porque el Cazador de Sonidos los guarda en su calabaza, un zurrón mágico, para que nadie robe los rayos.

—¿De verdad?

—Sí. Me lo contó mi abuelo, que era capitán pirata.

—...— los dos se sonríen tras unos instantes—. Muy bien pero, tienes que prometerme que un día me vas a presentar a ese cazador. ¿Trato hecho?

—Trato hecho— se dan la mano y se ponen el abrigo para salir. Nico sabe bien que el primer paso para hallar sus islas perdidas, como lo fue para superar sus miedos, será encontrar al invisible personaje oculto en la tormenta.

FIN

La Aventura de Alberto

Por Pedro J. Bravo. Redel

Érase una vez, que es como comienzan los cuentos, un niño que se llamaba Alberto. Era un niño como todos los demás, pero había un detalle en el que se diferenciaba de los otros niños: Alberto no se divertía en la escuela.

Cuando era pequeño no hablaba con su profesora, el sólo hablaba con una compañera y con su familia. Estaba aislado y eso no le permitía ser tan feliz como otros niños de su edad. La única alegría que tenía era cuando estaba jugando con su amiga en el recreo y con sus padres en casa.

En el parque se sentía apartado, lo demás niños no contaban con él para jugar y acababa jugando solo y encerrándose cada vez más en su pequeño mundo. Alberto parecía un chico muy tímido, algunos creían que era sordo y otros creían que era mudo. Pero él no era ninguna de esas cosas, sólo que no sabía relacionarse y como sus intentos por hacerlo no tenían éxito poco a poco fue dejando de intentarlo.

Esa sensación de soledad le producía bastante angustia, nunca estaba contento y un día se enteró que su mejor amiga se iba a otro colegio. Fue un duro golpe, ese curso se quedó solo en clase. Alberto tenía miedo de hablar con los demás compañeros ya que no conseguía conectar con ellos.

Un día la profe de apoyo del colegio de Alberto les dijo a sus padres:

- Puede que Alberto tenga Síndrome de Asperger.

Los padres de Alberto no sabían qué hacer, no sabían dónde acudir. Tenían una gran angustia porque lo que más les sonaba de lo que pudieron leer en Internet era la palabra autismo. Ahí empezó una búsqueda desesperada de ayuda que choco demasiadas veces con puertas, en las que no hallaron ni diagnósticos ni soluciones hasta que por fin encontraron, casi por casualidad, una asociación que les confirmó el diagnóstico y les encendió una lucecita hacia la que dirigirse.

Cuando sus papas descubrieron que Alberto tenía SA empezaron a buscar ayuda, se enteraron de sus derechos y Alberto empezó a recibir apoyo en la asociación donde estaban centrados en ayudarlo con mucho cariño. Su terapia empezó a dar resultado y así Alberto fue creciendo. Alberto fue evitando las situaciones de acoso que habitualmente sufren los afectados con SA y fue integrándose en las actividades normales que hacían todos los niños. Destacó en el equipo de fútbol sala de su colegio como uno más de los jugadores y en los años que estuvieron disputando la liga local alcanzaron varios títulos. Eran un auténtico *dream team* y Alberto ayudaba como el que más a los éxitos del equipo.

Así Alberto fue creciendo. Sacaba muy buenas notas, era un chaval trabajador y estudioso lo que le hizo llegar a la universidad muy preparado. Él seguía haciendo deporte y estudiando de forma que su vida avanzaba y parecía que todos admitían sus síntomas con normalidad como una muestra más de la diversidad de nuestra sociedad.

Un día Alberto se sintió atraído por una de sus compañeras de clase. Era su segundo año en la universidad y el amor había llegado a su vida de forma inesperada, porque hasta entonces él no había mostrado interés por ninguna otra chica. Cristina, que así se llamaba la chica, era un año mayor que Alberto y era una chica dulce y atractiva. Eran compañeros desde el primer año de universidad. Alberto ya se había fijado en ella nada más llegar a la *uni*, pero nunca se había atrevido a declararse.

En aquella época Alberto se había convertido en un chaval bastante atractivo. Era rubio, delgado y alto y sus ojos tenían un bonito color avellana que imprimía a su mirada una dulzura especial. Su timidez también tenía su encanto, al menos para Cristina. Le daba un cierto aire misterioso que a muchas chicas las hacía fijarse en él.

Cristina por su parte también era alta, su constitución era fuerte, tenía el pelo oscuro y liso, nariz larga pero proporcionada con su cara de facciones marcadas y sus ojos eran de un verde claro que les hacía contrastar centrados en la melena que caía por los lados de sus cejas, y todo el mundo se sentía hipnotizado la primera vez que la veían.

Empezaron a entablar amistad haciendo trabajos juntos, su relación se fue haciendo más estrecha. Realizaron varias labores de voluntariado, se buscaban en el cercanías, viajaban juntos y reían durante los largos trayectos.

Un día quedaron para ir al cine y cuando volvían a casa Alberto se decidió a dar un paso que había imaginado y ensayado muchas veces de distintas formas. Pero ese día no coincidió con ninguno de los guiones imaginados. Simplemente sintió que era el momento, que estaba “sembrao”, y dijo:

- *¿Quieres ser mi chica?*

Cristina le miro, entre asombrada y nerviosa. Se sonrojó. Después de unos segundos eternos para Alberto ella acertó a contestar con otra pregunta: “*¿Qué quieres decir?*” No se lo estaba poniendo fácil.

- *Que me gustaría salir contigo. Me gustas mucho.* Seguía inspirado. Le vino bien la sinceridad típica de los chicos con SA y Cristina respondió con la mirada antes que con la voz. Alberto no entendió bien esa mirada, pero afortunadamente para él la respuesta no se hizo esperar tantos segundos como la anterior. Ella pronunció un tímido: “*Sí. Hacía tiempo que esperaba que me lo pidieras*”.

Los minutos siguientes fueron todo lo más maravillosos que se pudieran imaginar. Mientras se besaban con un beso tan dulce que superaría claramente al más dulce de los pasteles, unos fantásticos fuegos artificiales estallaron en el corazón de Alberto que se llenó de alegría y se sintió tan feliz como el chico más feliz. O más feliz aún.

Alberto y Cristina siguieron con su relación y con su vida. No les sobraba tiempo porque ambos siguieron estudiando, haciendo trabajos esporádicos, y cuando tenían tiempo les gustaba el deporte al aire libre. Hacían largas excursiones a la montaña y desde lo alto planificaban su futuro.

- *“Cuando tengamos trabajo nos casaremos”*. Solía decir Alberto.

- *“Habrá que tener niños”*. Soltaba algunas veces Cristina.

Siempre acababan riendo y después callando. Esos silencios eran muy valiosos para Alberto. Se sentía cómodo en ellos porque estaba acostumbrado desde pequeño a la soledad. Le servía para asimilar lo que habían hablado y para reordenar sus pensamientos para luego continuar la charla. Así podía volver a ser feliz unos momentos después viviendo el futuro y disfrutándolo en su imaginación.

Llegó un día en que Cristina tuvo que dejar la universidad y ponerse a trabajar porque no avanzaba en los estudios y a sus padres no les llegaba el dinero. Afortunadamente, pronto encontró trabajo y esto hizo que empezaran a verse menos.

Pero no por verse menos se enfrió su relación. Ahora los momentos eran más intensos. Como ya cada uno pasaba el día en mundos distintos, el poco tiempo que estaban juntos tenían más cosas que contarse y ambos se enriquecían con las vivencias del otro como si fueran propias.

Poco tiempo después Alberto también encontró trabajo, ya con su carrera casi terminada, y empezaron a hacer realidad sus planes. Alquilaron un apartamento equidistante entre sus dos trabajos y se independizaron. Eran días de vino y rosas, en realidad más rosas que vino porque a ninguno de los dos les gustaba rebajar la Coca-Cola, como solía decir Alberto que era muy aficionado a los juegos de palabras.

Una bonita tarde de otoño, cuando el sol del crepúsculo madrileño inunda todo con tonos de luz entre amarilla y naranja, Alberto volvió del trabajo muy contento. Cristina aún no estaba en casa y él la esperó haciendo café. Colocó en la mesa unos pasteles que había comprado para celebrar la noticia que tenía preparada para cuando llegará ella.

Cristina entró en casa y vio los pasteles sobre la mesa que había delante de la puerta de la terraza mientras colgaba el bolso y el abrigo en el perchero del recibidor. Los últimos rayos de sol iluminaban aún una esquina de la bandeja de pasteles y ella se quedó mirando los pasteles que traía en la mano. Mientras de la cocina salía un exquisito olor a café recién hecho.

Alberto salió rápido del dormitorio y besó con ternura las mejillas de ella, un beso en cada una como solía hacer todas las tardes al llegar del trabajo, sin percatarse que ella tenía entre sus manos una bandeja de pasteles comprada en el mismo sitio donde él había comprado los suyos.

- *¿Quieres café?* Le preguntó mientras empezaba a echarlo en la taza. Fue entonces cuando se dio cuenta que ella en silencio guardaba su bandeja de pasteles en la nevera, pero dudo si eran los suyos o eran otros. En silencio ahora los dos, Alberto le acercó su taza al tiempo que la invitaba con un gesto a seguirle al salón. Cristina le siguió, y antes de llegar frente a la mesa donde les esperaban los pasteles, Alberto dijo:

- *Tengo una buena noticia que contarte. He comprado estos pasteles para celebrarla.* Su pulso empezaba a acelerarse mientras hablaba.

- *Yo también he comprado pasteles para celebrar una noticia.* Le contestó Cristina mientras se sentaba frente a él y cogía un pastel de nata que había al otro lado de la bandeja.

Alberto frunció el ceño durante medio segundo porque ese pastel también era su favorito pero en realidad le daba igual, había otro y además él preferiría que se lo comiera ella si sólo hubiera habido uno. “*¿Así, qué noticia tenemos que celebrar?* Dijo un poco desconcertado.

- *Di tu noticia primero. Tú lo has dicho antes.* Respondió Cristina cargada de razón.

- *Está bien,* asintió Alberto. *Me han ascendido y voy a ganar 300 euros más todos los meses.* Mientras pronunciaba la frase se le iluminaron los ojos y una enorme sonrisa llenó su cara. Se quedó mirando fijamente a los ojos verdes de Cristina esperando su reacción.

- *Es estupendo,* respondió Cristina con menos entusiasmo del que Alberto esperaba. Y luego añadió: *Nos vendrán bien porque vamos a tener unos gastillos extras.* Hizo una pausa para que él fuera asimilando el significado de sus palabras e inmediatamente continuó: *He ido a recoger el resultado de los análisis que me hice el lunes.* Ahora Alberto parecía ir entendiendo porque la sonrisa de antes empezaba a dibujarse de nuevo en su cara. Tras otra pequeña pausa ella terminó de dar su noticia: *Vamos a ser papas.*

Ahora la pausa fue más larga. A Alberto le temblaban las manos y soltó el café para no derramarlo ya que la taza estaba demasiado llena aún. Se levantó desconcertado pero muy contento y abrazo muy fuerte a Cristina durante un instante. Inmediatamente aflojo el abrazo un poco pensando absurdamente que podría ser perjudicial para el embarazo y se sentaron en el sofá que tenían al lado sin deshacer el abrazo.

Se dio cuenta que se había hecho de noche y sólo les alumbraba indirectamente la luz de la cocina que había quedado encendida. Estuvieron mucho tiempo abrazados y en silencio. A partir de ese día, el primero de su nueva vida, fueron felices y comieron perdices que es como deben acabar los cuentos.

FIN

La Historia de Nana

Por Eva Marcuello

Había una vez, una niña llamada Nana. Nana era valiente, inteligente y de carácter generalmente débil, aunque a veces algo fuerte. Nana tenía una peculiaridad: tenía el Síndrome de Asperger. La niña sufría de aislamiento, es decir, soledad, "amigos imaginarios", nerviosismo excesivo y preocupaciones por cosas sin importancia.

Nana aprendió a leer muy temprano de forma autodidacta. Le gustaba aprender palabras en muchos idiomas, con 5 años fue a una academia de chino.

Sus padres la tuvieron que llevar al psicólogo para aprender a controlar aquel nerviosismo y la ira. En el psicólogo, les hablaron de una asociación llamada Asociación Asperger. Las monitoras le ayudaron con el tema del síndrome. A ella y a unos cuantos niños más había que ayudarles a relacionarse con los demás para así tener amigos.

Cuando empezó sus estudios de primaria tenía miedo a muchas cosas, entre otras a los chichones y al salchichón (porque su nombre le recordaba a un chichón). Lo supo pronto porque, en sus clases de danza, una niña le empujó, Nana se chocó con el radiador y tuvo un chichón. Le pusieron cubitos de hielo en la cabeza, pero seguía llorando por el miedo. Su tía Lourdes, que sabe psicología, le enseñó un truco para intentar superar el miedo, y la verdad es que le fue bastante bien.

Nana era muy sensible a algunas cosas. Por ejemplo: se echaba a llorar por una película en la que casi mataron a la princesa Anna, porque se acordaba de su prima Ana que había tenido meningitis y casi murió. También en una película en la que el lobo se comió a la Pata Nana. Sus compañeros se reían de ella y la llamaban tonta y llorica, también le decían que la iban a matar y ella se sentía acosada.

Le ayudó bastante en el colegio ir con una profesora de apoyo, que le enseñaba a distinguir las bromas del acoso real. La psicóloga del colegio habló con los demás niños y les enseñó la diversidad de caracteres que hay, y que hay que saber convivir con todos. Los niños con Asperger tienen los mismos derechos que los demás niños.

Cuando fue al instituto, encontró muchos amigos que la defendían de los niños malintencionados. Estuvo en el grupo de teatro, y allí encontró buenos amigos.

En la universidad sacaba muy buenas notas, no como los que se reían de ella, algunos incluso tuvieron que repetir. Mientras, Nana les daba clases y les estimulaba a estudiar. Entonces supieron que Nana no era tan rara como creían.

Cuando se hizo adulta, su trabajo fue el de profesora de apoyo con los niños pequeños, y les ayudaba a trabajar. Este trabajo le permitió dar mucho amor a los niños pequeños y que pudiesen estar en sus clases disfrutando de la alegría que a ella le habría gustado poder disfrutar en su infancia.

FIN

Las Peculiaridades de Sergio

Por Antonio Hernández Rivas

Sergio acaba de cumplir 19 años. Ha terminado el bachillerato, sacando muy buenas notas y se va a presentar a selectividad para acceder a la universidad y cursar la carrera de derecho.

Sergio, en la actualidad, es una persona feliz; pero no siempre ha sido así. Desde su infancia, en la guardería, sufría el aislamiento de los demás niños y profesores debido a su carácter bondadoso y su timidez.

En la guardería, mientras los demás niños jugaban entre ellos y se intercambiaban los juguetes, él solía irse a un rincón, muchas veces sin juguete, y se pasaba horas y horas observando jugar a los demás niños, que le ignoraban y le hacían el vacío. Sergio, mientras tanto, usaba su imaginación para huir de ese mundo real, tan frío y hostil para él, a otro imaginario, donde tenía muchos amigos y vivía fantásticas aventuras; unas veces era un explorador que descubría ciudades y tesoros enterrados en la arena hace miles de años, otras veces soñaba que era conductor de tren y conducía los trenes más bonitos del mundo; ya que a Sergio le encantaban los trenes, sobre todo los antiguos. Era en esos momentos que dejaba volar su imaginación, cuando Sergio experimentaba los sentimientos de alegría y amistad.

Con quien mejor se lo pasaba era con sus abuelos; le hacían sentir una persona especial, y se encontraba muy feliz estando con ellos; aprendía a resolver problemas matemáticos; aprendía ortografía y caligrafía haciendo dictados, leía libros y se iba con ellos a hacer excursiones por la ciudad, visitando museos, monumentos o edificios antiguos.

En navidades, le gustaba mucho celebrar estas fiestas en casa de sus abuelos, rodeado de sus padres, sus primos y sus tíos y se lo pasaba muy bien oyendo contar a sus abuelos y a sus tíos “batallitas” de cuando eran jóvenes y anécdotas de su juventud; o jugando, en compañía de sus primos, con algún juguete que le hubiese traído Papa Noel o los Reyes Magos. En esos momentos, aunque no perdía el miedo a estar rodeado de más gente, se sentía más seguro a la hora de relacionarse, ya que sabía que estas personas le querían de verdad y no le causarían ningún daño; es más, le protegerían de cualquier peligro o miedo que pudiera tener.

En el verano, se iba de vacaciones con sus abuelos a la playa. Por las mañanas, bajaba a la playa y jugaba con ellos a hacer castillos en la arena, a bañarse con ellos en el mar o a dar paseos por la playa. Por las tardes, acompañaba a sus abuelos a dar un paseo por el pueblo y les ayudaba a realizar la compra en el supermercado. Algunas tardes, se iba con sus abuelos al pueblo y se tomaba con ellos una horchata o un chocolate con churros. Eran unas vacaciones estupendas, además tenía una bici con la que se iba muchos días a dar una vuelta por el pueblo y visitar lugares que no conocía. Jugaba mucho a la pelota con su abuelo en un pinar que había cerca de la playa donde el veraneaba. Su abuelo, algunas veces, le hacía de rabiar diciendo que él no quería a sus abuelos y le compraba *chupa-chups* porque sabía que le gustaban mucho.

Le gustaban las historias que le contaba su abuelo sobre cómo se vivía cuando él era pequeño y en dónde y de qué trabajaba. También ayudaba a su abuela a hacer la compra, a preparar la mesa a la hora de la comida o a hacer las labores domésticas como las camas o barrer. Sus abuelos estaban muy contentos con él y, de vez en cuando, le compraban chuches o algún juguete que le gustase, como los trenes o los coches. En esos momentos, se olvidaba de lo mal que lo pasaba en el colegio.

A los cinco años, empezó el colegio. Desde el primer día, Sergio se dio cuenta de que era distinto a los demás, pero eso no le importó ya que, como le habían dicho sus padres, en la vida se iba a encontrar con diversidad de personas (altas, bajas, rubias, morenas, gordas, flacas, mancas, cojas, ciegas, etc.) pero que, no por su singularidad, deben ser excluidas de la sociedad.

A los seis años, Sergio empezó a sufrir acoso por parte de sus compañeros de clase, debido a su carácter alegre y bondadoso, su falta de autoestima y a su benevolencia. Era objeto de burla de muchos de sus compañeros de clase, que se burlaban de él insultándole o pegándole sabedores de que Sergio no se quejaría y tampoco se rebelaría contra ellos.

En el recreo, los demás niños no le dejaban jugar al fútbol, al baloncesto o al *pilla -pilla* y le daban balonazos en todo el cuerpo. Un día, le dieron en la cabeza un balonazo tan fuerte, cuando subía las escaleras del colegio, que cayó hacia atrás y casi se abre la cabeza contra un escalón.

Los profesores también se referían a él de una forma despectiva, llamándole fracasado delante de toda la clase.

Esto le hizo sentir a Sergio todavía más indefensión y soledad y aumentó su estado de aislamiento, ya que veía que tampoco iba a hacer amigos entre los profesores y que éstos tampoco iban a hacer nada por intentar frenar el acoso al que estaba siendo sometido, más bien todo lo contrario, alentaban aún más a sus compañeros para que siguiesen acosándole.

Llegó a pensar que nadie en su vida tendría un sentimiento de amor hacia él y que, aunque él se enamorase de una persona, ese sentimiento no sería recíproco respecto de la otra persona hacia él. Muchas veces se preguntaba por qué era el único ser humano de la Tierra “raro”; se sentía como un “bicho raro” en un mundo que parecía ir en una dirección totalmente opuesta a la suya.

Este acoso duró hasta los quince años, momento en el cuál, recibió el apoyo de dos compañeros, que también sufrían acoso, para unirse los tres y poseer la fuerza y el valor suficientes de enfrentarse a sus acosadores y reivindicar sus derechos como cualquier otra persona y su oposición a que ninguna otra persona se los niegue por el hecho de ser o pensar distinto y creerse superior.

Sergio no olvidará nunca el apoyo que tuvo, cuando tenía quince años, de estas dos personas, que se convertirían en sus amigos a lo largo del curso, ya que, si no se hubieran unido, no hubiesen demostrado, no sólo a los demás, sino también a ellos mismos, que tienen dignidad y no pueden ser tratados como bufones.

A esa edad, Sergio empezó a enamorarse de una chica del colegio pero, como era tan tímido, no se atrevía a decírselo por miedo a ser rechazado por la chica o que la chica se burlase de él. Guardó su sentimiento de amor hacia la chica y lo ocultó bajo una máscara de amistad y compañerismo.

Muchas veces, en su soledad se imaginaba que estaba con ella y se iban juntos a pasear, al cine, al teatro, al museo o a tomar algo y hablaban de diversos temas (libros, deportes, música etc.) y así pasaban las horas.

A los dieciocho años, Sergio empezó la universidad y cursó Derecho, ya que le gustaba poder ayudar a los demás, sobre todo a los más débiles y desfavorecidos. Le gustaría poder aplicar las leyes para crear más justicia en este mundo.

Sergio acabó la carrera con veintidós años y, actualmente, con treinta y cuatro años, trabaja para un bufete de abogados. Se casó con aquella chica del colegio, llamada Susana, a los veinticinco años y tiene dos hijos: un niño y una niña, de tres y cinco años respectivamente, con los que se siente muy feliz y les intenta inculcar el respeto hacia los demás y hacia sí mismos y las ganas de ser feliz consigo mismos, ya que es lo más importante en la vida.

Aunque, actualmente, Sergio se siente integrado totalmente en la sociedad, no olvida su infancia y su “particular” visión del mundo y de la vida que tenía de niño. Por eso, ahora, Sergio está de voluntario en una asociación para ayudar a estas personas.

Cada vez que puede, no duda en acudir a dar charlas, ayudar en algún taller o hacer excursiones con los chavales al campo o a visitar algún museo los fines de semana. También se ha apuntado, como voluntario, a formar con los chavales de la asociación un equipo de baloncesto y jugar dos veces al mes con ellos un partidillo. Quiere dar a conocer, tanto a los que les afecta este síndrome como a sus familiares, mediante su experiencia, la particular visión de la vida que tienen estas personas y la inmensa cantidad de cualidades y habilidades que poseen.

FIN

Las Emociones en un Asperger

Por Purificación Moreno Palomares

La última vez que oí llorar a mi hijo, tendría unos dos o tres años de edad. Ya no ha vuelto a hacerlo desde entonces. Incluso cuando venían a pincharle para sanar sus anginas reumáticas, saltaba y saltaba como un saltamontes, correteando por toda la casa para evitar lo que le esperaba, pero sin escapársele una sola lágrima.

Siendo todavía un niño, en la época del “Ratoncito Pérez”, cuando se caen los dientes, me gustaba disfrutar con él y hacerle sentir la fantasía. Tenía un buzón de juguete del tamaño de una lata de refresco con su correspondiente ranura. Escribíamos al ratoncito unas mini cartas, las metíamos en unos mini sobres que iban a parar al mini buzón. Todavía deben de estar ahí.

Pese a mis esfuerzos, mis cuentos, mis juegos, siempre he añorado sus abrazos, sus besos... porque mi hijo no podía o no sabía manifestar su cariño. Sin embargo, reír, reía y ríe a carcajada limpia viendo programas de humor, escuchando chistes (aunque algunos no logra pillarlos, se esfuerza en encontrar el doble sentido y es entonces cuando explota con grandes risotadas). La gente cuando lo observa lo encuentra divertido y tierno.

Llegó un momento crucial y siniestro en nuestras vidas, mi hijo ya con veinticinco años: la muerte de su padre, mi marido. Las únicas palabras que oí salir de su boca, en aquel trance, fueron “papá ha muerto”. Lo miré con angustia para intentar escudriñar en su corazón, en su alma y él solo supo expresar su dolor con gesto aprendido como queriendo gimotear pero sin poder soltar una sola lágrima. Quedaba encerrado en su interior y yo sentía una gran impotencia por no poderle ayudar a liberarse de esa pena profunda.

Fui incapaz de leer unas palabras en el funeral de mi marido, palabras escogidas de un libro que escribió y que fue parte importante de su vida. Él lo hizo por mí.

“Dame ¡oh Señor!, un hijo que sea lo bastante fuerte para saber cuándo es débil, y lo bastante valeroso para enfrentarse consigo mismo cuando sienta miedo: un hijo que sea orgulloso e inflexible en la derrota (...) Dame un hijo que nunca doble la espalda cuando debe erguir el pecho; un hijo que sepa conocerte a Ti...y conocerse así mismo. Sólo entonces, yo, su padre, me atreveré a murmurar: “No he vivido en vano”.

DOUGLAS MACARTHUR, La oración del padre.

FIN

La Vida de Jaime

Por Marta Theodora Peromingo Rodrigo

Jaime era un niño de 6 años que vivía en Zaragoza con sus padres y su hermano Alejandro en un entorno lleno de alegría y felicidad, hasta que un buen día sus padres tuvieron una entrevista con su tutora del colegio que les dijo que le llevaran al psicólogo ya que no interactuaba bien con los compañeros de su clase.

Entonces, los padres buscaron un buen psicólogo y el psicólogo le hizo un diagnóstico a Jaime durante la consulta. A los 15 días los padres de Jaime recogieron el informe y se dieron cuenta de que Jaime tenía el Síndrome de Asperger y desde entonces le ofrecieron todo su cariño y su apoyo, para que pudiera seguir adelante y decidieron llevarle a terapia individual, para que tuviera técnicas de relaciones sociales.

A la edad de 11 años, Jaime sigue con su grupo de amigos del colegio, a pesar de tener lo que tiene, pero al llegar a primero de Secundaria sus amigos se convierten en sus verdugos, debido a que Jaime sacaba mejores notas que ellos y le empiezan a acosar. Frente a esto Jaime cuenta el acoso a sus padres y éstos acuden a la dirección del colegio, pero no consiguen que sus compañeros sean sancionados, por lo que deciden cambiar a Jaime y a su hermano de colegio.

En el nuevo colegio Jaime hace nuevos amigos, un día en el colegio dan una charla sobre la diversidad, tanto él como sus compañeros se dan cuenta de que tienen que respetar a los demás.

Jaime sufre una temporada de soledad y aislamiento, por lo que decide contarle a sus amigos y compañeros que sufre el Síndrome de Asperger y logra que sus amigos y compañeros le entiendan mejor.

Al empezar primero de Bachillerato no sabe qué escoger, lo consulta con sus padres y le recomiendan hacer ciencias sociales debido a su buenísima memoria, para recordar fechas y datos importantes.

Todo transcurre bien hasta que dan las notas de selectividad, porque acaba despidiéndose de muchos compañeros y algunos amigos que tenía, debido a que van a estudiar diferentes carreras.

Al final, decide estudiar Derecho, ya que le gusta el Derecho en general y especialmente el deportivo, ya que le encantan los deportes y especialmente el fútbol.

Durante la carrera le surge una relación de amor con una chica llamada Susana, le explica cómo es y consigue que le entienda.

Una vez terminada la carrera tiene unos derechos especiales, para encontrar trabajo debido a la discapacidad, decide trabajar en un bufete de abogados donde se trata el Derecho Deportivo, pero para eso hace un máster de un año y obtiene una buena nota.

Con la buena nota del máster y la entrevista consigue que le contraten y obtiene su primer trabajo.

Gracias a la ayuda y apoyo de sus padres fundamentalmente ha conseguido llegar donde está ahora y también al apoyo de su hermano y de su novia.

FIN

David dice adiós a su Rincón

Por Aurora Garrigos

David tiene un rincón preferido en el patio del colegio, desde donde observa a sus compañeros jugar.

- ¡David! ¡Ve y juega con los demás niños!- le insiste su profesora cada mañana.

A él le encantaría pero no sabe qué decirles, siempre que lo intenta terminan burlándose de él, le hacen bromas que no entiende e incluso hay niños que le pegan. Por eso se refugia en su rincón, allí se siente a salvo de todo el caos que es para él el recreo; pues no existe planificación y todo es un bullicio insoportable, donde la soledad se ha convertido es su única e inseparable amiga.

En el patio del colegio hay dos niños mayores que siempre se meten con él:

- ¡Aparta de ahí, bicho raro! ¡Eres un cabeza de chorlito!- le increpan continuamente, mientras sus caras hacen gestos que él no comprende.

David les tiene mucho miedo, sabe que son capaces de pegarle, porque lo han hecho muchas veces, sobre todo si no hace lo que le dicen.

Ni sus padres ni Luisa, su profesora, tienen idea del acoso al que se enfrenta cada día, porque a David le cuesta expresar lo que le pasa y además, tiene que ser valiente, aguantar como un hombre y no llorar. Eso es lo que siempre le dice su abuelo, al que adora; algo que él toma al pie de la letra porque es un niño muy literal. Y es que el pobre hombre, ya está mayor y no termina de comprender las dificultades que tiene su nieto.

David vive su aislamiento y aflicción como algo inevitable y habitual en la vida que, quiera o no, tiene que soportar. Por eso ha aprendido a llevarse su rincón a todas partes, aunque solo sea de una manera imaginaria.

Sin embargo, cuando llega a casa, no puede evitar mostrar ante su madre todo ese cúmulo de ansiedad y frustración al que le lleva la incomprensión del mundo social en el que vive.

No sabe canalizar su dolor de forma comprensible y la irritabilidad que le genera, termina por salir a borbotones por medio de palabrotas, insultos y malos modos.

Por suerte, su madre está aprendiendo a ayudarlo y lejos de tomarse su desahogo como algo personal y enfadarse con él, sabe que uno de sus principales problemas es la comunicación y que, en esos momentos, su hijo necesita de todo su **amor, apoyo** y

comprensión; sin perder nunca de vista la firmeza, si es necesaria. Por eso, para contribuir a que se calme, mamá pone la música de uno de los ídolos más queridos de su hijo, Mozart. Le enseña a respirar profundamente y, cuando se ha calmado un poco, le pregunta, por medio de dibujos, cómo se siente y qué le ha pasado en el colegio. De esta forma, intenta ayudarlo a comprender sus emociones, lo que le ha pasado y cómo reaccionar si le vuelve a pasar.

David ama a su madre por sobre todas las cosas y le entusiasma la música. Va a clases de piano y a pesar de tener solo ocho años conoce, con detalle, la vida y trabajo de los grandes compositores de la música de todos los tiempos. Es perseverante y muy apasionado en lo que le gusta, por eso dedica horas a tocar el piano; quiere ser como el gran Amadeus Mozart y seguro que será un músico brillante, si es eso lo que quiere ser.

Los años pasan y a pesar de que el día a día nunca ha sido fácil, David consiguió salir de su rincón. Al principio lo hacía tímidamente, pero con la suficiente fuerza como para frenar a los niños que le increpaban en su infancia. Aprendió a acercarse a los demás de manera adecuada para hacer amigos; gracias al trabajo y apoyo de los profesionales y de sus padres, que cuando conocieron sus características Asperger se unieron para poder ayudarlo mejor.

Ahora a sus casi treinta años sabe relacionarse con los demás sin problemas, ha aprendido muchas cosas sobre la expresión corporal, las bromas y las frases con dobles sentido y, aunque le ha llevado más tiempo comprender a la sociedad y a sus gentes, es mucho más franco y sincero consigo mismo que otras personas. Sigue conservando un aire inocente que saben apreciar sus amigos, a quienes les encanta la música como a él. Trabaja en el Real Conservatorio Superior de Música como profesor, donde trasmite a los chicos su pasión por la música y hace maravillosos conciertos para piano de su muy admirado Wolfgang Amadeus Mozart. Una compañera, según le ha explicado su buen amigo Carlos, le hace ojitos siempre que le ve. Pero eso para él ya no es ningún misterio. Sabe perfectamente lo que significa, y se siente feliz porque a él también le gusta mucho Marina.

La alegría se ha hecho un hueco en su vida y una amplia sonrisa ilumina su cara con frecuencia. Por fin, se siente integrado en la sociedad a la que siempre ha pertenecido. Y es que ha descubierto que él tiene los mismos derechos que los demás y que es tan válido como el resto de personas. Que las diferencias, lejos de ser inadecuadas, enriquecen el mundo con su diversidad; y que llegar más despacio a la meta también es llegar.

Hoy siente que está preparado para decir adiós a su rincón, aquel que le acogió y protegió mientras anduvo perdido y al que, durante años, regresaba cuando sentía el desamparo e ignorancia de la sociedad. Afortunadamente, ya no lo necesitará más, porque ahora ha encontrado el camino y ha aprendido a protegerse a sí mismo convirtiéndose en uno con el resto de la sociedad.

FIN

Miguel Ángel García

Por Valentín García Requena

Me llamo Miguel Ángel García Galdós y soy un Asperger. Estoy seguro de que muchos se preguntarán, ¿un qué? Jajaja, tranquilos, antes de empezar con mi relato, sólo os voy a decir que no es ninguna enfermedad, ni nada perjudicial. Es... para decirlo en pocas palabras una bendición, pese aunque se le conoce como un síndrome, no es nada infeccioso, para nada. Cuando alguien es Asperger, nos referimos a alguien inteligente, no os voy a engañar, en mi infancia, no era el alumno más brillante, pero me esforzaba y obtenía mis pequeños logros, bueno...sabéis, mejor prosigamos con el relato, a ver si así os lo consigo explicar. Damas y caballeros, he aquí mi pequeña historia y gran aventura.

Como bien había dicho, mi nombre es Miguel Ángel García Galdós, nací en una tranquila ciudad de la Comunidad Valenciana, Elche, en el año 1981, en Abril el día 26. Mis padres se llamaban Alejandra Galdós Sánchez y Antonio García Del Olmo. Vivíamos en la calle Carmelo Serrano García, en una tranquila casa, compuesta por un cuarto de baño, una sala para los invitados, tres dormitorios, un salón, una cocina, dos estudios y poco más.

Bueno, vivimos allí hasta 1993 cuando tenía 12 años. Pero, vayamos por partes. Cuando cumplí 5 años, en 1986, mis padres me hicieron entre ellos el mejor regalo de todos, según yo: una antología de Miguel Hernández. Seguro que muchos de vosotros pensaréis, cómo pueden regalarle a un crío de 5 años un libro con poemas, donde su autor utiliza un vocabulario muy enrevesado, por no decir que su poesía es muy difícil. Incluso se pensarán que mis padres estaban locos, pero existe una explicación, a mis padres, les encantaba la escritura, en sus ratos libres, escribían tanto poemas como novelas cortas de 5 páginas, de vez en cuando, entraba al estudio de mi madre y le cogía a escondidas una hoja de papel y un lápiz, y empezaba a escribir.

Un dato curioso, siempre le daba las gracias a mi madre por una razón muy simple, haberme dado como segundo apellido, el mismo que a otro gran escritor, autor de Fortunata y Jacinta y Los episodios Nacionales: Benito Pérez Galdós.

Desde aquel entonces, comencé por mi propia cuenta a estudiar los libros que tenían mis padres en su estudio, libros con un lenguaje muy complicado para alguien tan joven, pero no me importaba. Yo desprendía mucha alegría al leer.

Ese mismo año, en septiembre, comencé a ir a un sitio, donde yo describiría como frustrante, pesimista y odioso. La escuela, no por el hecho de no querer aprender, pero... bueno, ya lo descubriréis. El colegio estaba a pocas manzanas de nuestra casa, mi madre no podía quedarse mucho tiempo, así que me dejó en la puerta y se fue. Una joven mujer me agarró suavemente de la mano y acto seguido, me preguntó que si estaba preparado para hacer amigos, pero...

No respondí, sólo me dejaba arrastrar a dentro del edificio, decorado con pinturas primitivas de los alumnos, detrás del edificio se hallaba el patio, donde los niños y niñas juegan y se entretienen.

Entramos en una gran habitación llena de pupitres, casi todos ocupados, encontré uno libre cerca de un niño gordo, calvo y con cara de perro con rabia. Antes de sentarme, ni siquiera acercarme, se sobresaltó y... recuerdo que se comportó fatal conmigo, me aisló de todos y recuerdo que me obligó a sentarme al fondo del aula y los maestros ni me preguntaban qué me pasaba, así durante unos 9 meses, recuerdo que todos los días me llevaba una manzana y una botella de agua para el almuerzo, nunca salía a jugar al patio, no tenía amigos, bueno sí, mi imaginación, le pedía a la profesora tres o cuatro folios, lápiz y goma de borrar y me ponía a escribir.

Las profesoras me decían qué hacía y que si se lo podía enseñar, pero me daba vergüenza, era muy tímido, hoy en día también, pero menos. Pasados dos años, a los 7 años, seguía la tortura... me enteré que ese niño gordo y mal educado, se llamaba Carlos, hermoso nombre, para alguien tan vil, comenzaba a tener problemas, en vez de pensar mis actos, me lanzaba a él para pegarle, esto perjudicaba mis relaciones en la escuela y peor aún, en mi casa. Cuando llegaba a casa, mis padres me preguntaban, ¿qué tal en el colegio?, pero me quedaba callado, en casa... bueno, yo soy hijo único, eso significa que tanto lo bueno como lo malo, era para mí. Yo quería contarle a mis padres lo que me pasaba, ellos eran los únicos de los que podía obtener apoyo, pero no podía o no quería, sufría en mi habitación. Tuve ciertos problemas en mi casa, mis padres siempre estaban allí, pero... los apartaba de mi lado, menos mal que mediante los próximos años se iban a entender un poquito las cosas, fuimos a un psicólogo y nos dijeron que era un Asperger que, desde mi punto de vista personal, es algo bueno, las únicas pegas son las dificultades a la hora de relacionarse con otros, y reacciones y comportamientos poco inteligentes, como mencioné anteriormente, durante años trabajamos duro, para... no sé, no meterme en muchos problemas, y lo conseguimos, más o menos.

Una mañana de viernes, mientras iba al colegio, pensando en el acoso de Carlos y por cierto de su grupo de amigos, más idiotas que una sandalia en una jaula, vi algo... hermoso, no sé si calificarlo como “primer amor”, pues era muy joven para ese tipo de emociones, pienso yo. Ya hacía ante mí, la cosa más hermosa del mundo, una niña de mi edad, rubia, ojos azules, similares a dos gotas de lluvia, ella fue mi compañera de clase hasta que me mudé en el 93. Nos fuimos a vivir a Alicante, donde allí pasaría mi adolescencia y mis años en el instituto. No recuerdo qué instituto era, y ni me importaba la verdad, sólo esperaba no ser el marginado de todos, porque yo sinceramente pienso que todos tenemos el mismo derecho a tener comunicación con otras personas, Asperger o no, ¿estáis de acuerdo?

Tengo que admitir que nada más empezar el trimestre me llevé una grata sorpresa. Nada más entrar al aula, un joven un poco más mayor que yo, se convertiría en mi mejor amigo. Respondía al nombre de David, no llegué a saber su apellido, si siquiera en la lista de alumnos, ni en su DNI, pero eso es otra historia, la cuestión es que nos defendíamos mutuamente y no me sentía aislado o apartado de la sociedad. David era

un joven muy inteligente, aplicado, pero faltaba mucho a clase, eso causó que repitiera un curso, pero... desde que me conoció no sé si cambió o yo le hice cambiar, no sé, pero... seguimos juntos, durante los siguientes años venideros. Él no era un enamorado de la literatura como yo, pero él me respetaba, él era más un enamorado de la canción, si mi habitación estaba llena de libros, la suya llena de discos musicales, pero no poseía un conocimiento muy amplio, la verdad. Cambiando de tema... durante mi estancia en el instituto, en ningún momento había dejado de pensar en aquella chica de ojos azules y cabello rubio... como había pasado casi una década, seguramente ya no es como la vi aquella vez, no sé.

No llegué a asistir a ninguna universidad por una sencilla razón y es que no me interesaba ninguna carrera, pensé en hacer periodismo, pero... pese a que me apasiona escribir sobre temas de actualidad, sobre política y redactar artículos de opinión... no sé si podría hacerlo. Pero eso no significa que dejase los estudios, al acabar bachiller, me apunté a una escuela de idiomas a mejorar y a aprender ya sea inglés, como cualquier otro idioma.

Decidí no depender mucho mis padres, así que busqué trabajos temporales para pagar mi academia y ayudar en casa, aparte buscaba concursos literarios, a ver si podía ganarme algo de fama como escritor, pues... existe un dato que había omitido al principio, y es que soy fanático del cine, ver películas también puede ayudarte a crear historias, pues las grandes obras cinematográficas se basan en libros. Aunque no me la quitaba de la cabeza, no me quitaba de la cabeza a aquella niña, que por cierto deberá tener mi edad.

Acabo de cumplir 24 años, mi padre falleció de un infarto, y mi madre enferma, pero yo seguí hacia adelante, había ganado concursos o era finalista, pero empecé a obtener mis propios logros, y lo más importante, empezaba sentirme, como lo diría... ligero, en el sentido de que... la gente, me hablaba, y me relacionaba con todos, creo que todo fue gracias a David, mi primer gran amigo.

Ahorrrando durante un gran periodo de tiempo, y con un inglés de sobresaliente, me fui a vivir a Madrid, a los 26 años, empezaban los auténticos peligros, en el sentido de que ahora, soy yo contra el mundo, sin ayuda, a los pocos meses, hallé algo...una joven de las mismas características que la niña, y nada más verme vino rápidamente hacia mí, se quedó con cara de asombro, no se olvidó de mí, me dijo que siempre estaba presente en sus pensamientos y ahí fue que me confesó algo que me dejó con la boca más abierta que parece sacado de una serie de dibujos animados, la mandíbula me dolía un montón, pero eso es otro cuento.

La joven respondía al nombre de Silvia, y la causa de mi sorpresa es que ella también es Asperger, y cuando yo le dije que también, una sonrisa de oreja a oreja me enseñó, lo cual me llevó a una conclusión y es la diversidad enorme, y yo que creía que era el único, hay que ver las tonterías que tenemos todas las personas, ¿no? En ese preciso instante, comenzamos una hermosa relación de amistad, que más tarde y para mi

sorpresa paso a un noviazgo, éramos pareja y además vecinos pues cuando nos encontramos, se estaba mudando al piso de enfrente.

Pero no siempre podíamos vernos, ella estaba haciendo una carrera de... no sé si era de nutrición, algo de farmacia, en fin, cosas que no entiendo. Yo, cuando estaba en mi casa escribía relatos para mandarlos a concursos y me apunté a una escuela de doblaje y me puse a trabajar como actor de doblaje y me pude sostener bastante bien con eso... Cuando cumplí 30 años, Silvia y yo nos casamos, ella acabó siendo licenciada y trabaja como doctora en un hospital y yo un gran actor en el doblaje y algo de actuación que no sea doblaje y escritor de novelas, pero... no vayamos muy rápido.

ESTO ES SÓLO EL COMIENZO.

FIN

Alejandro, un niño Especial

Por Juan Pablo Frías Lasheras

Alejandro fue un bebé que nació fuerte y sano. Se alegraron mucho de su nacimiento sus papás y sus hermanos mayores. A los dos años, cuando iba al parque de su barrio, casi no tenía iniciativa ni ganas para relacionarse con niños de su edad. Su mamá le animaba a jugar con ellos, pero los demás le veían algo torpe. Muchas veces cogía rabetas cuando le cambiaban sus horarios y sus rutinas porque no entendía por qué las cosas pueden ocurrir de diferente manera.

Alejandro empezó al colegio con cuatro años. Aprendió a leer con mucha facilidad, aunque no le gustaba contar cuadritos. Se llevaba bien con algunos compañeros simpáticos por naturaleza. En el recreo probó a jugar al fútbol, y unas veces le colocaban como portero y otras en el banquillo. Alejandro no encontró interés en esto, y prefería el aislamiento.

Durante las vacaciones en la playa solía inventar juegos peculiares, como la construcción de canales de arena por los que circulaba agua, y así Alejandro sentía felicidad a su manera. Algunos niños le ayudaban como obreros, pero Alejandro era intransigente con los demás, y pocas veces les gustaba relacionarse con él.

Cuando tenía seis años empezó a distraerse en la escuela porque la materia de clase le parecía sencilla. La primera persona con quien sufrió verdadera incompreensión a su diversidad fue con su profesora, que le ridiculizó en público; herido en su dignidad, Alejandro le propinó una contestación en defensa de sus derechos, con lo que le percibieron como problemático en potencia. Tras esto, ella intentó convencer a los padres para que le cambiaran de colegio a mitad de curso, pero ellos habían apreciado la sensibilidad y resistencia al cambio de Alejandro y no les pareció una buena idea. La posterior insistencia del centro en sus argumentos manipuladores hacia que quizá tuvieran que terminar expulsándolo motivó la denuncia a un inspector, que no apreció que el comportamiento de Alejandro tuviera que estar fuera de las funciones de un profesional educativo.

Con ocho años nuestro protagonista se aficionó a los dinosaurios, de los que había oído hablar en un programa de televisión para niños. Conocía todas las especies, con su alimentación preferida, hábitat y periodos geológicos en que vivieron. Incapaz de identificar las emociones, siempre hablaba de todo ello y no notaba que los demás se aburrían con él, le percibían como raro y le dejaban en soledad.

Hubo momentos en que pensó que entre sus amigos se encontraba la tendera de debajo de casa porque le sonreía cuando compraba el pan cada día. Con los pocos amigos que tenía compartía su afición a los juegos de la videoconsola. Hubo un chico de su colegio con el que entabló durante dos años lo que él consideró una buena amistad, pero Alejandro descubrió al final que le usó como pretexto para acercarse a su hermana, que le rechazó. Otro de ellos dejó de tratarse con él después de que Alejandro discutiera con el padre de este amigo, animándole a abandonar el tabaco, de cuyas consecuencias estaba informado por un libro que había encontrado en la biblioteca de su barrio. Rara

vez le invitaron a un cumpleaños, e incluso muchos le dejaron plantado cuando él celebró el suyo una vez.

Su aislamiento le produjo indefensión hacia los matones del colegio, que le amenazaban a diario si no le entregaban el bocadillo que debía tomar en el recreo, y que luego vendían. Durante la adolescencia, su ingenuidad y desconocimiento de las reglas sociales, que el resto de compañeros había aprendido por pura intuición, le hacían un blanco perfecto para las burlas. Alejandro se daba cuenta tarde de estas intenciones, y por eso desarrolló un sistema defensivo, que también le aisló de personas propicias. Frecuentemente no adivinaba las intenciones de provocación de los acosadores, que terminaban pegándole.

Nunca sufrió grandes problemas educativos y fue aprobando sus asignaturas en los diferentes niveles gracias al apoyo de muchos grandes profesionales. Su orientación personal, de manera intuitiva, siempre se dirigió a ramas minoritarias, entre las que resulta más sencilla la atención personalizada al alumno.

Cuando empezó el instituto la brecha social existente entre el resto de los compañeros y él se hizo evidente. Admitía a regañadientes realizar trabajos en grupo, en los que solía tener que juntarse con repetidores sin intenciones de colaborar, aunque Alejandro lo prefería para poder así orientar la labor a su manera, sin discutir los diversos puntos de vista de la realidad. Pensaban que no se relacionaba con nadie porque él no quería, aunque él no encontraba la forma de encajar con el resto por su poca habilidad para los deportes y sus conversaciones cargantes, y se pasaba tardes enteras en la biblioteca investigando los diferentes temas que periódicamente iban apasionándole. Algún compañero comprensivo le propuso el reto de “ser normal” durante solo una semana; pero otro apreció lo que Alejandro parece de un modo emocionalmente inteligente y vio lo que es, describiéndole como una persona excéntrica con buenas intenciones.

Hubo compañeras sensibles y comprensivas con las que creyó sentir amor, sin conocer los diversos pasos de las relaciones sentimentales. Cuando vio alguna película romántica comprendió que se trataba de algo distinto, que más bien se trataba de cariño o empatía.

De adulto consiguió trabajos de baja cualificación. Muchas personas le transmitían que esas empresas estaban por debajo de sus posibilidades, pero el esfuerzo continuado necesario para ocupar empleos acordes con su alta formación o ascender de categoría le hacían sentir un “techo de cristal”. Siempre entendió que debía ejercer en sí mismo y en los demás una aplicación rigurosa de las normas que le habían enseñado en la teoría, pero muchos compañeros no lo comprendían y sufrió vacío y acoso laboral. Sus peculiaridades pronto le hacían que sus superiores simplemente le apreciaran como a cualquiera, y no las comprendían aunque estuviera dispuesto a prolongar su jornada con tal de terminar su labor.

Alejandro se apuntó a cursos de su gusto para mayores en los que le gustaba tratar con personas mayores que él. Sus opiniones solían romper el hilo del debate que se planteaba en la clase, pero la comprensión de los compañeros le facilitaban las cosas. Le apreciaban como una enciclopedia a la que consultar datos, y alguno apreció su tono de voz como igual al del GPS.

Su sempiterna soledad se agudizó por la muerte de su abuelo, al que estaba muy unido. Acudió a un psicólogo para que le ayudara a superar el duelo. Este apreció signos evidentes de depresión, y también algún otro problema, para el que le derivó a un especialista. Este profesional apreció en Alejandro características de una patología de la que le habían hablado en un reciente seminario de actualización: el síndrome de Asperger. Le explicaron que éste era un trastorno generalizado del desarrollo con alto funcionamiento. Estaba relacionado con el autismo, una palabra con la que se asustó su entorno, más cuando le habían medido años atrás un coeficiente intelectual cercano a la superdotación intelectual.

Le aconsejaron que conociese una asociación dedicada al apoyo de personas con esta dificultad. Allí participó en talleres en que aprendió de una forma cuasirreglada la asertividad y las formas de tratar a los demás con efectividad. También le brindó la posibilidad de tratar con personas con sus mismas dificultades, y aprender de ellos. Gracias a estos compañeros encontró un ambiente propicio para hablar de los temas de su gusto, con los que siempre le habían rechazado más o menos explícitamente en otro tipo de círculos.

Gracias a todas estas ayudas Alejandro se conoció mejor a sí mismo y se aceptó como es. Se sintió preparado para ser, y con las herramientas necesarias para superarse día a día. Se reconoció como un hombre especial, fuera de los parámetros típicos, pero de provecho.

FIN

El Reino de las Hadas

Por Paula Cabrera Schwartz

Había una vez dos niñas llamadas Johanna y Alejandra. Johanna tenía ocho años y Alejandra nueve años. Alejandra y Johanna tenían síndrome de Asperger y no tenían amigos. El síndrome de Asperger es un trastorno del espectro autista que dificulta las relaciones con los demás. Todos los niños se reían de ellas y lo pasaban muy mal. Vivían en una casa con un bonito jardín y estaba cerca del río; las niñas se pasaban largas horas en el río jugando. Un día estando en el río vieron algo en las rocas. Era una pequeña hada, tenía las alas de color azul y el pelo de color rosa y se llamaba Titania. Esa pequeña hada era en realidad Titania, la reina de todas las hadas del bosque.

- ¿Cómo os llamáis, niñas?- pregunto Titania.
- Yo Alejandra. Y yo, Johanna- contestaron las niñas.
- ¿Y tú cómo te llamas?- preguntaron las niñas.
- Yo me llamo Titania y soy la reina de las hadas del bosque- contesto Titania.
- ¿Queréis que os enseñe mi reino?- pregunto Titania.
- Por supuesto- contestaron las niñas.

Entonces Titania y las niñas se fueron al reino de las hadas. Cuando llegaron al reino de las hadas se dirigieron al castillo de Titania. Las niñas estaban encantadas viendo lo hermoso que era el castillo y el reino de las hadas, todo era muy diferente: el cielo era de color violeta, las montañas eran de color rosado, el agua del río era del color del cielo violeta. En el castillo la reina les había preparado un comité de bienvenida con manjares de comida y un baile.

Titania habló con las niñas y les dijo:

- Os he traído aquí porque vosotras sois las únicas que podéis derrotar al hombre que quiere destruir nuestro reino, con vuestro poder lograreis que el hombre no destruya nuestro reino- dijo Titania.
- ¿Qué poder?- preguntaron las niñas.
- El poder de vuestro corazón. Vuestro corazón es tan puro y limpio que su poder hará que nuestro reino no sea destruido- dijo Titania.
- ¿Qué tenemos que hacer?- preguntaron las niñas.
- Tenéis que ir a la Montaña Sagrada a hablar con él, aquí tenéis el mapa, tened cuidado, partiréis al amanecer- dijo Titania.
- No te preocupes, nosotras haremos que no destruya el reino, hablaremos con él- dijeron las niñas.
- Sé que lo lograreis, confío en vosotras- dijo Titania.

Al amanecer las niñas partieron hacia la Montaña Sagrada para hablar con el hombre que quiere destruir el reino de las hadas, las niñas confían en que le convencerán para que no destruya el reino.

Relato Corto

Por Noelia

“No les hagas caso” se repite mentalmente la frase de mamá mientras se aleja, sin mostrar ningún tipo de sentimiento, de la portería del recreo. Se sienta en uno de los bancos y, casi sin querer, encuentra en sus bolsillos el trozo de papel albal del almuerzo que aún no había tirado a la basura. “Eres un niño especial”. Hace una pequeña bola y empieza a imaginar; a recordar las fantásticas naves del juego que tanto le gusta. Empieza a girarla sobre sus manos, a chocarla contra la pared, acompañando cada gesto con su sonido particular. “Es que eres un poco raro, Eduardo. No puedes chillar sin ton ni son, ni decir las cosas que dices muchas veces sin pensar”, “Cariño, cada acto tiene su consecuencia. Tienes que pensar antes de hablar”. – Pi pi pi pi – dice, aterrizando la nave en el banco.

-¡Eduardo!- se acerca la profesora, con gesto enfadado.- ¿No ves que ya está acabando el recreo? ¡Ya han entrado todos a clase! Te he llamado desde la ventana, ¿no me escuchas? –refunfuña la mujer, con una mueca de hastío.

Cuando entra en clase, cruza el ceño ante las risas de sus compañeros. No atina a escuchar las burlas de algunos de ellos. – Idiotas - exclama, volviéndose a la profesora.- Se están riendo- continua, como justificándose. Y empieza a imitarlos, cabeceando y haciéndoles la burla él a ellos.- ¡¡Que os calléis!!- termina gritando, respirando agitadamente.

-Siéntate o estás castigado- la voz de la profesora lo conduce hasta su pupitre, enfadado, con pasos agigantados y exagerados.

Si Eduardo realmente pudiera recordar cada consejo que le dan en casa o pudiera contener esos impulsos que se adueñan de él; como emitir sonidos de alguno de sus juegos, o chillar, o sobrepasar ese límite que la mayoría de la gente es capaz de ver, no sería tan diferente a los demás niños.

Y sin embargo, ¿quién dice que ser diferente es algo malo? Está claro que marcar la diferencia a veces acompaña a momentos incómodos, a tener esa consciencia de “no encajar demasiado” o de “no entender a los de mí alrededor”. Pero, sin duda, lo diferente hace especial.

Y ese “algo” especial hace sumar puntos; sobre todo si se entiende.

Por eso cuando Eduardo relaciona de forma muy seria la frase de sus padres “Si cometes un error es normal pagar un precio” con su respuesta “¿pero tiene que ser de mi dinero?”, no hace sino sonsacar una cómplice sonrisa entre sus padres y hermanas.

- No, Eduardo, pagar un precio significa tener que cumplir la consecuencia de algo que has hecho. Por eso la profesora te ha castigado sin recreo, porque te has levantado en medio de la clase diciendo que te aburrías – explica su padre.

- Ah bueno, casi mejor. No me gusta mucho el recreo- responde él sin ningún ápice de desánimo.

Y aunque a su familia les duele pensar que el recreo, ese tiempo de diversión que todos recordamos de cuando éramos niños, no le guste, pronto se acostumbran a entender que él prefiere jugar sólo a tener que enfrentarse a ese caos que le puede resultar un común partido de fútbol.

Con el tiempo y con el apoyo necesario, Eduardo va congeniando cada vez más con la gente de su alrededor. Nunca será la persona más sutil con la que te cruces, y puede que en ocasiones te dé la impresión de que no le interesa conocer absolutamente nada de cómo te ha podido ir el día. Su sinceridad casi tosca le acompaña con cada opinión, pero siempre encontrarás honestidad en su trato y el esfuerzo de querer encajar en tu mundo cuando; quién sabe, si lo interesante para nosotros sería viajar de vez en cuando al suyo y simplemente dejarnos ser.

FIN

Puentes de cristal

Por Víctor

Todo empezó un buen día, cuando Sergio Pérez Mendalburra, vino al mundo. En su hogar todo era alegría, excepto para su hermana Ana, que ahora temía que podía dejar de ser la actriz principal de esa película, en la que su familia le colmaba de todas las atenciones del mundo. La relación entre ambos no gozó de buena salud, al no poner ella nada de su parte para entenderle, siendo un adorno más que colgar del árbol de navidad, hasta que las aguas volvieron a su cauce, abriendo ella los ojos, gracias a una amiga suya, que era psicóloga, y se dio cuenta de ello, cuando vino a cenar con nosotros, observando cómo se comportaba él.

Y ella buscó en Internet información sobre el tema. Confirmándosele su madre, cuando ingresó en la asociación “Amarea,” en donde lo diagnosticaron con el síndrome de TEA, brindándole todo su apoyo para lo que necesitase. La casualidad hizo que ese año su padre tuviese una buena campaña pesquera en el Gran Sol, y que el equipo de sus amores, el Deportivo de la Coruña, ganase la liga. La historia tenía una deuda con él desde que en el año noventa y cuatro la perdió, al fallar un penalti decisivo Dujicks, porque Bebeto no quiso tirarlo.

Entre caballito que va y viene, saltó la liebre. Al cumplir los tres años su madre intuyó que era un niño diferente al resto. Dándose cuenta de ello, a raíz de pequeños detalles, que si los juntas todos, puedes armar el puzle del síndrome de Asperger. Como que cuando intentabas abrazarle escapaba corriendo, o que no aprendió a hablar hasta cumplir esa edad, cuando sus padres le preguntaron por qué no lo había hecho antes, les dijo que no lo hizo porque no tenía nada importante que decir.

A partir de ahí no se callaba ni debajo del agua. No expresaba sus emociones, sobre todo cuando murió su abuela Josefina. No tenía buena psicomotricidad y se pasaba tardes enteras jugando solo con los *play mobil* en su habitación, sin salir a la calle para jugar con los demás niños. Y manejaba un vocabulario muy rico, desconocido para la mayoría de infantes. Y era un negado para los deportes. En cambio tenía una memoria de elefante y se le daban bien las matemáticas. Hablando de ellas a todas horas... Solamente paraba cuando hablaba de superhéroes del comic. Soñaba con ser un profesor de matemáticas que por las noches luchaba contra el crimen organizado y la corrupción que salpicaba a la mayoría de los miembros de la Casta, haciendo un poco mejor este mundo. Su hermana decía que a veces parecía como si su cabeza fuese un reproductor de Dvds, en el que le das a rebobinar para volver a ver las

escenas de una película, porque te has quedado dormido y quieres volver a verlas, para retomar el hilo conductor de la historia que te están contando. Sobre todo le pasaba cuando participaba en una charla familiar, celebrada en la sobremesa, quedándose con la copla, mientras los demás cambiaban de tema.

Al año siguiente, empezó en la escuela y nadie quería sentarse con él, ni en el autobús, ni en clase. Los niños se burlaban de él simplemente por su aspecto físico, pues aparentaba ser un subnormal, aunque no lo era, puesto que era más listo que el hambre. No le ayudaba en nada el hecho de no mirar de frente, llevando la cabeza agachada como si fuese un avestruz. Algunos de ellos le pegaban, y se lo dijo a su madre, y ella le dijo, que se defendiese, haciéndole caso. Pero un grupito de tres calaveras: el hijo del alcalde Tom Malanuca, el hijo del teniente de la Guardia Civil, Alfredo Calabacea y del juez, Fernando Sapintela, le sometían a un acoso y derribo constante, que le minaba poco a poco la moral.

Le habían puesto un mote desagradable para él: “Bartolo”. Hasta llegaron a gastar una broma de mal gusto, cuando un buen día no se les ocurrió otra cosa mejor que meterle la cabeza en un váter. No quería volver más al cole, su madre notaba que le pasaba algo, porque a él le gustaba mucho ir, le dijo lo que pasaba y ésta fue a junto el director del centro. Pero éste hizo caso omiso a su queja, diciéndole que eran cosas de críos.

Lo peor de todo para él era cuando sonaba el timbre para ir al recreo, sin saber qué hacer, encerrarse en la biblioteca o salir a fuera, pasándose todo el rato dando vueltas como si fuese un cuervo, teniendo como única compañía a esa mujer llamada soledad. Una profesora suya harta de verle así le animó a jugar al fútbol. Al principio él no quería porque pensaba que era un *manta* y si perdían le iban a zurrar de lo lindo. Pero ella le respondió: - Mira, en la vida no todo es ganar y quiero que abandones esa alfombra del aislamiento social en el que estás instalado para pasar a integrarte en la sociedad, pues aunque seas una persona diferente, nadie puede excluirte por ello. La diversidad ad de las personas es una riqueza que nos ayuda a entender al ser humano como un ente que debe aprender que no todo es uno más uno, hay excepciones a la regla, como tú. No lo olvides, eres especial y harás cosas importantes en tu vida. Por más que buscó en el diccionario esa palabra, no supo que significaba hasta que cumplió los veinte.

Cuando tenía siete años subió a lo más alto del faro de San Petubarrio para lanzarse al vacío suicidándose, porque había caído bajo el pozo de la desesperación, pensando que no encajaba en este mundo , pero cuando estaba punto de hacerlo,

una mano que se movía en la oscuridad lo agarró y con una voz dulce, él dijo “no lo hagas, Sergio”. Al estar frente a él, sus miradas se clavaron en la penumbra, era amor a primera vista, a partir de ahí sus corazones solitarios se unieron por siempre jamás. Ella le presentó a sus hermanos que, al principio, estaban un poco recelosos, pensaban que como era el rarito de la clase, no iban a congeniar bien teniéndole miedo. Pero, al final, del día se hicieron buenos amigos. Iniciando una guerra de bolas de nieve, porque ese año nevó por primera vez en Lureme. Siendo un mocoso alegre, recuperando la sonrisa en su cara, que se le había borrado al ser un hombre invisible, en una sociedad que ni le oía, ni le veía... de la noche a la mañana.

El puente de cristal que tanto esfuerzo le costó construir se derrumbó cuando tenía diecisiete años, estando a punto de terminar el instituto, superar la selectividad e iniciar la universidad. La noche anterior hizo el amor con ella. Partiendo al alba, porque quería ir en bicicleta desde su pueblo hasta Betanzos, que se encontraba a una distancia de ochenta kilómetros. Cayéndose, arañándose el hombro izquierdo. Cuando regresó fue detenido por Alfredo, que iba acompañado por el cabo Balseiro, era su primer caso, desde que le ascendieran a teniente, siguiendo con la tradición familiar. Nadie le dijo nada hasta llegar al cuartel, acusándole de haber violado a Sara, naturalmente negándolo todo, porque era incapaz de hacerle daño a la persona que más quería en este mundo. Además, cuando se cometió la fechoría, estaba en otro lado, y no tenía el don de la ubicuidad. Lamentablemente todas las pruebas le apuntaban a él como el agresor. Su madre vendió el negocio para conseguirle un buen abogado. En cambio su padre no pudo soportar oír los dimes y diretes que estaban en boca de la gente, viviendo en un pueblo pequeño en donde todo el mundo se conoce y las noticias buenas o malas corren como la pólvora. Se tiró al mar desde Punta Rubia.

Él tenía la esperanza de que llegase a celebrarse el juicio para poder exonerar su culpabilidad. Pero desgraciadamente para él los acontecimientos que sucedieron en aquella sala llena de lobos, que querían comerse a una ovejita, no le fue satisfactoriamente para sus intereses. Sobre todo cuando ella declaró que él fue quien la violó...

Aquel testimonio fue como si le hubiesen tirado un jarro de agua fría por todo su cuerpo. Gritando de rabia, sintiéndose traicionado por ella. Sin saber que lo hacía para proteger a su padre, hermanos, amenazados de muerte, si contaba la verdad. Los culpables eran los que hace diez años en Saint Mary le metieron la cabeza en un retrete. El juez dictó sentencia condenándole a trece años de condena, cumpliéndolos en Teixeiro. Sin caer preso de las voces que oía en su cabeza, diciéndole que era

culpable, sin llegar a volverse loco, porque lo único que le mantenía con vida, era el amor que le profesaba a ella. Allí tuvo de compañero de celda a un tal Niezmeni Gallipantu, famoso ladrón de bancos con el que hizo buenas migas, que llegó a confesarle que había cambiado el dinero por lingotes de oro que tenía en un banco de Zúrich, dándole la combinación de la caja fuerte, ya que él estaba enfermo de cáncer de colon y lo tenía muy extendido, y los médicos le dieron solamente una semana de vida, para que se convirtiese en un hombre rico, gastándolo en lo que le diese la gana.

Durante su estancia en aquel establecimiento le dio tiempo a estudiar tres carreras: la de detective privado, la de ingeniero informático y la de derecho. Y a maquinarse como ejecutaría su venganza, había perdonado a los que le hicieron esto, pero no olvidado. Al salir de allí notó como el sol de la libertad se reflejaba en sus ojos. Regresó a su pueblo, consiguiendo un trabajo como pasante en la notaría del señor Acero, para no levantar ninguna sospecha, empezando a hacer averiguaciones, contando con que nadie podía reconocerle. Haciendo bien sus deberes, enterándose de que Tom ahora era el alcalde, corrupto, y ex-alcohólico, casado con su único amor, que tenía un hijo, que era suyo, y nadie lo sabía. No le fue difícil acabar con él, pues le invitó a una comida suculenta regada con unos excelentes vinos, a los que no pudo resistirse, siendo gasolina para su hígado maltrecho, quemándolo por dentro a fuego lento... Presentándose en el funeral, para darle el pésame a la viuda, que al mirarle a los ojos vio a aquel niño del que se enamoró cuando eran unos renacuajos, que le escribió cien veces: te quiero.

No te culpo por haber matado a ese hijo de mala madre, que me hizo pensar que podía cambiar, pensando que en algún tiempo lo he querido, me pegaba y fue el quien me puso una mordaza en la boca para condenarte injustamente. Éste es tu hijo. Se llama como tú, si me perdonas, tendrás tiempo de conocerle.

-No tengo nada que perdonarte, ya lo estás, solamente me planteo una duda, ¿le has hablado de mí?

-Sí.

-Tengo que acabar una cosita que empecé, esperadme aquí, tan sólo tardare dos días.

-Vale.

Sabía que Alfredo trabajaba para el cartel de Medellín, y que a veces se ponía morado de farlopa, matándolo de una sobredosis. Lo del juez Fernando fue coser

y cantar, sacándole fotos comprometedoras, en las que se le podía ver, toqueteando a menores. Sin poder aguantar, perder el tren de vida que llevaba, al inhabilitarle de por vida, para ejercer cualquier cargo en la carrera de la jurisprudencia. Dándose un tiro en la sien, con un rifle que le regaló el rey para ir de caza.

Cumplió con su vendetta , y ahora estaba en paz consigo mismo, pudiendo escribir en su diario nuevas páginas, yéndose a vivir los tres juntos, luchando por defender los derechos de las personas como él que son diamantes en bruto, sin pulir, que necesitan encontrar su sitio en el mundo, sin que los discriminen por ser quienes son.

Besándose a la luz de la luna como si fuesen dos gotas de agua que caminan en la misma dirección, la felicidad. Y comieron perdices.

FIN

Ser Diferente no es Malo

Por Coral

Inglaterra, Vice Street. 14 de Noviembre de 1999; 00:14 h

- ¡AHHHH! ¿¡Pero qué es ese ruido!?- grito Marc cuando dormía en su casa-. Ah... es el teléfono... ¿Dígame?... ¡QUÉÉÉÉÉ! ¡Sí, voy para ya corriendo!

Entonces se vistió lo más rápido que pudo y fue corriendo porque... estaba a punto de nacer su hijo o hija. Llegó al Hospital y subió hasta donde estaba su mujer... cuando llegó, el niño ya había nacido...

- Hola, cariño- le dijo Marc a Rose.

- Hola Marc... Mira, te presento a tu hijo pero habla bajo que está durmiendo...-le dijo su mujer.

Entonces Marc cogió por primera vez a su hijo y le dijo a su mujer:

- ¿Cómo se llamará?- le pregunto ansioso.

- Pues... Lo he estado pensando y creo que un nombre perfecto sería Light- le dijo a Marc.

- Me encanta.

Y así nació el protagonista de la historia, de esta historia.

Inglaterra, Great Bilingual School Of England. 9 de enero de 2003; 10:03 h

- Vamos, Light. Tienes que entrar- le decía Rose a su hijo.

- No, no quiero- le contesto Light.

- Tienes que ir... vamos cielo.

- Pero, tengo miedo...

- Si entras... ¡tendrás un regalo al volver a casa!

- ¿De verdad?

- Sí, te lo prometo- le dijo firme a Light.

Entonces Light entró corriendo a su clase donde conoció a sus “amigos”.

A la hora de volver a casa, Light se lleva una gran sorpresa:

- ¡GATITO!- dijo Light muy alegre.
- Es todo tuyo...pero, ¿me prometes que lo cuidarás bien, colega?- le dijo Marc a Light.
- Te lo prometo papa- le contestó Light.

Y ese gato soy yo y me bautizaron como “Lion” por mi pelaje amarillo o dorado... pero dejemos de hablar de este servidor y continuemos con la historia de Light.

Inglaterra, Great Bilingual School Of England. 18 de diciembre de 2008; 11:24 h

- ¡Dejadme en paz!- gritaba a los chicos del colegio.
- ¡Cállate tonto!- le grito uno de los chicos.
- ¡Sí, vete a la guardería, “pringao”!- le contesto otro entre risas.
-

Entonces Light salió corriendo y llorando, las únicas personas que conocía de la infancia no paraban de insultarlo y de acosarlo. Esas palabras rebotaban en su cabeza: “tonto”...”estúpido”...”pringado”...”cerebrito”...

En cuanto Light llegó a casa, llegó entre sollozos y cuando se lo contó todo a su madre ella le dijo lo siguiente:

- ¿Por qué te dijeron esas cosas, Light?- le preguntó la madre mientras le calmaba.
- No lo sé mamá, yo me comporte como siempre y, de repente, ellos me lo dijeron-dijo Light, mientras lloraba.
- Mañana iré a hablar con el director para saber qué ocurre- pensó Rose -. Vale Light, no te preocupes haré lo que pueda- le contestó.
- Gracias, mamá- le contestó Light mientras la abrazaba.

A la mañana siguiente, Rose fue a hablar con el tutor de los alumnos y cuando le preguntó por los insultos, ésta fue su respuesta:

- Señora, su hijo tiene un comportamiento muy infantil para tener nueve años- le explicó el tutor-. Normalmente, diría que se trata del típico que no sirve para estudiar, pero ha sacado todo sobresaliente y sabes muchas cosas más que los demás. Además, últimamente se marcha solo hacia la biblioteca y se pone a leer libros de historia...
- Y, ¿entonces?- le preguntó la madre asustada.
- Rose... mi único consejo es que le lleve al psicólogo a averiguar...qué le ocurre.
- De acuerdo... lo...lo pensaré-le contestó Rose, un poco preocupada.

Inglaterra, Hospital Municipal de Vice Street. 14 de abril de 2014; 17:34 h

- Señora, necesité hacerles unas preguntas a su hijo- le contestó el doctor.
- De acuerdo- respondió Rose.
- Dime, chico ¿te sientes aislado?-le pregunto el doctor.
- A veces- respondió Light.
- Y, ¿sientes apoyo de tus amigos?
- No mucho.
- Entiendo...señora, creo que ya sé que le ocurre a su hijo- dijo el doctor.
- ¿Qué es?- preguntó la madre nerviosa.
- Tiene... el síndrome de Asperger- concluyó el doctor.
- El síndrome ...¿Asperger?- preguntaron los padres.

Inglaterra, Universidad de Oxford . 21 de diciembre de 2018; 18:52 h

- No me puedo creer que las clases ya han acabado- dijo Light muy contento.
- Y que lo digas, me voy a pasar todo el invierno jugando a la PS7- dijo un amigo de Light.
- Jejeje, tú y tus videojuegos- dijo la novia de Light.
- Hasta luego, cielo- dijo Light.
- Adiós, mi amor- respondió ella.
- Tío, tienes mucha suerte...-le habló su amigo.
- ¿Qué...?¿Por qué?
- Pues porque tienes amor y estás estudiando una carrera para ser astrónomo, es un gran trabajo.- le contestó. Yo sólo estudio para ser dentista...
- ¡Hey, también es un gran trabajo!- le respondió
- Gracias, tío.

Italia, Iglesia de San Agustino. 12 de enero de 2026; 13:21 h

Han pasado muchos años desde que Light descubrió que es Asperger. Hoy ya lo ha asimilado. Hace dos años desde que empezó a trabajar para la NASA y ayer se casó. En cuanto a mí, dentro de poco desapareceré pero... él es feliz y mi misión como su primer amigo ha llegado a su fin. Me siento feliz de saber que él es feliz y no me necesitara más. En fin nada más... adiós... para siempre.

FIN

Pía y las Galletas de Flores

Por Cristina Barreto y Dolores Pérez Cazorla

A Pía le gustaban las flores. Eso había sido así desde siempre. Su recuerdo más antiguo la situaba en la cocina de su abuela Elisa caminando de un lado al otro, recitando en alta voz los nombres de todas las flores que se conocía. Y eran muchas. Se sabía su nombre científico y también aquel por el que se conocía a cada una de ellas. Su abuela asentía distraída y revolvía el chocolate pacientemente. Pía no sabía en qué momento dejaba la abuela de escucharla o en qué momento le prestaba realmente atención. Poco importaba eso. Porque mientras recitaba su lista interminable, le llegaba el intenso olor del chocolate. Y no había nada más gratificante para ella que sentir ese aroma mientras imaginaba una lluvia de chocolate casero sobre sus flores.

- Hoy te voy a enseñar a hacer galletas - le interrumpió su abuela que, aunque respetaba su diversidad y pese al amor que sentía por su nieta, o más bien a causa de él, a veces deseaba que Pía tuviera algo más que contar al resto del mundo que los nombres de las flores.

- Sí...¡¡de flores!! - respondió ella entusiasmada. Ni siquiera oyó el suspiro resignado de su abuela.

Ese día aprendió cómo unir chocolate y flores sin estropear las que crecían en su jardín bajo los cuidados de la abuela Elisa. Y, desde entonces, cada vez aprendió más de ambas cosas.

La alegría de hacer lo que más le gustaba le ayudaba a superar la falta de amigos e, incluso, a evadirse cuando alguna vez había sentido el acoso en las actitudes de otros niños.

Cuando su abuela murió, Pía se convirtió en la guardiana del jardín y en la repostera de los dulces caseros que su familia servía en cualquier ocasión, siempre con forma de flores.

Cuando fue mayor, su tío decidió brindarle su apoyo para salir adelante consiguiéndole trabajo en la fábrica de galletas del pueblo. La dueña acababa de dejar la producción en manos de su hijo, mientras recorría el mundo descansando de una vida de esfuerzo. Pía participaba en la elaboración y el horneado de la masa. El encargado le

había explicado que la cantidad de galletas a elaborar cada día estaba indicada en una pizarra, a la vista de todos. Cuando esa cantidad se completaba, su trabajo del día estaría acabado.

Era una extensa hilera de trabajadores. En un principio la ubicaron atrás, como correspondía a todo trabajador recién llegado. Luego fueron incorporándose nuevos compañeros. Pero, por alguna razón, todos acababan ocupando los puestos anteriores al de Pía. Así es que, sin saber bien cómo había sucedido, finalmente se encontró trabajando al final de la nave. Eso le hizo sentir cierto aislamiento, hasta que descubrió que detrás de su mesa había una pequeña ventana que daba a un vivero y le ofrecía una magnífica vista de especies de flores.

Aún así, no perdía la esperanza de que sus compañeros la consideraran una más, pues, aunque la trataban correctamente, no la hacían participar en sus bromas y conversaciones. En alguna ocasión, incluso, tenía la sensación de que la observaban de reojo y comentaban sobre ella. No comprendía el origen ni el contenido de esos comentarios, pero sí que le hacían sentir cierta soledad.

Para acercarse a sus compañeros se le ocurrió agasajarlos con sus galletas de chocolate con formas de flores. Consultó en los legajos la fecha de cumpleaños de cada uno y les dejaba en su mesa una elegante caja con las exquisitas golosinas, con la forma de una flor determinada.

Los empleados fueron poco a poco aceptando entusiasmados que alguien con muy buen gusto les dejaba un exclusivo presente una vez al año. Tras muchas especulaciones, llegaron a la conclusión de que era Doña Rosalía, la dueña de la fábrica, quien, recordando puntualmente los aniversarios de sus empleados, interrumpía sus paseos por lugares paradisíacos para adquirir y enviarles tan delicado regalo.

- Siempre fue una mujer tan exquisita... ¡recuerdo sus trajes!... - comentó soñadora una de las agraciadas.

- ¿Se fijaron en que a Pía aún no le han enviado sus chocolates? - dijo otra mirándola a lo lejos de reojo.

- Es que es un poquito extraña... - contestó la primera bajando la voz con aires de confidencia. - Hace algún tiempo la vi fisgoneando entre los legajos.

Un día se organizó en el pueblo un campeonato deportivo. Era un acontecimiento extraordinario, pues por primera vez el pueblo agasajaría a deportistas de todos los pueblos de la provincia. Los hoteles colgaron sus carteles de completo por primera vez en años. Los bares y restaurantes también estaban llenos y las cámaras de televisión y radios de distintos lugares también habían acudido para registrar el evento.

Desde días atrás, en la fábrica, ése era el único tema de conversación. Nadie se perdería el campeonato, ni las fiestas que ya se estaban promocionando. Nadie... excepto Pía, que desde su solitario rincón, apenas se había enterado de las novedades.

Y cuando ese día, como todos los días, llegó a su puesto de trabajo, se extrañó de que nadie hubiera abierto las puertas, como habitualmente. Aun así, había una larga jornada por delante, así que no esperó que los demás vinieran para comenzar.

Pasaron las horas y nadie llegaba. Para cuando terminó su jornada, la producción del día, en ausencia de los demás trabajadores, era mucho más reducida de lo que marcaba la pizarra. Pía sabía que era importante completar la producción total, porque a la mañana siguiente, como todas las mañanas, los proveedores vendrían a buscar las cajas de galletas encargadas. Así es que, sin pensarlo, se quedó durante la noche a preparar más galletas. Cuando se acabaron los ingredientes de la masa, lo resolvió preparando su chocolate y utilizando los moldes de flores, continuó horneando sus propias galletas.

Al amanecer, Pía estaba agotada pero satisfecha, por haber completado la producción que marcaba la pizarra. Y, como nadie llegaba, se encargó de abrir la puerta principal.

Los proveedores habituales no aparecieron, pero el exquisito aroma del chocolate de Pía atrajo a centenares de turistas y vecinos que volvían de las fiestas y le compraron hasta la última caja de galletas.

A partir de ese día, sus sabrosos dulces fueron conocidos y las ventas en la fábrica se dispararon. Doña Rosalía, de vuelta de sus viajes, ascendió a Pía al puesto de encargada de chocolates, que sólo abandonaría varias décadas después, para enseñarle a su propia nieta los secretos del chocolate en su antigua cocina, frente al jardín.

FIN

